

fin, por un favor no menos brillante de la fortuna, Bonaparte recibe la noticia del desembarco de Perrée en Jaffa con nueve piezas de batir; pero estaba en los destinos del que tomó á Mantua, encontrar el escollo delante de San Juan de Acra, y *la torre maldita*, que protegía á esa ciudad, habia de conservar su fama funesta. Dos asaltos dirigidos con el mayor vigor fueron infructuosos. En uno de ellos pereció el valiente Caffarelli. En fin, se señaló una escuadra. Se dudaba si era francesa; pero luego se conoció que era la de los Turcos. Era urgente apoderarse de la plaza, antes que la escuadra entrase en el puerto. Bonaparte dispone un ataque general por la quinta vez. Nunca el ejército manifestó mas ardor y mas audacia. Todas las obras exteriores cayeron en nuestro poder y la bandera tricolor tremoló sobre las murallas. Los Turcos rechazados dentro de la ciudad empezaban á titubear; con otro esfuerzo la plaza caía en nuestro poder antes que los Turcos desembarcasen. Pero dos prisioneros, escapados del Temple, habian venido desde Paris para arrancar la victoria á Bonaparte. El uno Felipeaux, emigrado frances y su compañero en la escuela militar, man-

daba los ingenieros, y debia sobrevivir muy poco á su triunfo. El otro, Sidney-Smith, mandaba la escuadra inglesa. Este viendo el peligro que corria la plaza, se puso á la cabeza de las tripulaciones de sus navíos y dió ánimo á los veciños. En efecto, la poblacion le siguió y luego las calles, fortificadas de repente con los escombros de las casas, sirvieron de teatro á la mortandad mas horrenda. Tres asaltos consecutivos, señalados con prodigios del valor mas temerario, no pudieron vencer la resistencia obstinada de los sitiados. La inflexibilidad de Bonaparte cedió por fin, y dió parte al ejército que renunciaba á la conquista de San Juan de Acra. « Soldados, les dijo, con » un puñado de hombres hemos entretenido » la guerra durante tres meses en el centro de » la Siria, hemos cogido cuarenta cañones de » campaña, cincuenta banderas y diez mil prisioneros; hemos destruido y arrasado sus » fortificaciones de Gaza, de Jaffa, de Caiffa » y de Acra. Vamos á volver á Egipto, etc.» Si esta proclama hizo ilusion al ejército, debe atribuirse únicamente al influjo mágico de un gran capitan sobre sus soldados acostumbrados á vencer bajo sus órdenes; pero sintió pro-

fundamente las consecuencias de su desgracia, como lo comprueban las palabras que profirió sobre el peñasco de Santa-Helena. «Si me hubiese apoderado de San Juan de Acra, se hacia una revolucion en el Oriente. Las mas débiles circunstancias producen los mayores acontecimientos. Hubiera llegado hasta Constantinopla y hasta las Indias; hubiera mudado la faz del mundo.

El ejército reunido tomó el camino del Cairo; pero el contagio de Jaffa habia cundido en medio de las tropas delante de Acra. El contacto con los que se hallaban infestados, podia destruir en pocos dias los valientes que habian sobrevivido á tantos peligros, á tantas hazañas, y de cuya vuelta dependia la suerte de sus compañeros de Egipto. Pero, por otra parte, si los enfermos de la peste se hubiesen quedado atras, hubieran sido degollados por los Turcos en represalias de Jaffa. Nada hubo de ordinario en esta campaña de Siria, y todo fue estremado en las diferentes posiciones en que se hallaron el ejército y su gefe. El momento era urgente, importaba ocultar al enemigo la marcha de los Franceses protegida por la noche. Al primer aviso de la retirada,

los enfermos que estaban en el grande hospital del monte Carmelo se dirigieron sobre Tentura y Jaffa. Todos los caballos, incluidos los del general en gefe, se entregaron al ordenador en gefe Daure, para llevar á esos infelices á Jaffa. Bonaparte daba el ejemplo andando á pie. Desde Jaffa hizo salir tres columnas de apestados, la una por mar para Damietta, las otras dos por tierra para Gaza y para el Arich. Unos sesenta, declarados incurables, se quedaron en Jaffa. Varios de entre ellos fueron, segun se dijo entonces, recogidos por los Ingleses sobre las orillas del mar. En cuanto á los que siguieron al ejército, los mas sanaron en el camino.

La retirada se hizo bajo unos auspicios muy tristes. El incendio señalaba los pasos del ejército, que vengaba de este modo los insultos ó las traiciones de los pueblos por donde transitaba, de manera que la Siria tuvo tambien su desierto. Gaza, sola ciudad que se habia mantenido fiel, fue tambien el solo punto que no experimentó desgracias. Al cabo de tres dias los Franceses volvieron á entrar en Egipto. Bonaparte dió mas extension á las fortificaciones de el Arich; fortificó á Jimieh,

puso guarnicion en Kattich; estas tres plazas defendian la entrada de Egypto por la parte de Siria. En fin, despues de cuatro meses de ausencia, el ejército llegó al Cairo, que le hizo la ilusion del suelo nativo; perdió seiscientos hombres muertos de la peste; mil doscientos en los combates, y trajo mil y ochocientos heridos. De manera que, despues de una campaña de las mas peligrosas y de las mas activas, nuestro ejército, agoviado por las privaciones y por un clima mortifero, solo perdió mil y ochocientos hombres.

La entrada del Cairo fue triunfal, y borró las impresiones funestas que se habian originado en la poblacion con las noticias esparcidas de la destruccion de nuestros valientes, y de la muerte del Sultan Kebir (padre del fuego), nombre dado por los Arabes á Bonaparte. El general en gefe supo aprovechar con habilidad las mentiras sembradas por los emisarios turcos é ingleses; decia en su proclama á los habitantes del Cairo: «.... Ha llegado al Cairo » *el bien guardado*, el general Bonaparte que » ama á la religion de Mahoma; ha llegado » bueno y sano, dando gracias á Dios de los » favores que le ha prodigado. Ha entrado en

» la ciudad por la puerta de la Victoria; éste » dia es un gran dia; nunca se ha visto nada » igual. Todos los habitantes del Cairo han sa- » lido á recibirle; han visto y reconocido que » era el mismo general en gefe Bonaparte en » su propia persona; han quedado convencidos » que todo cuanto se habia contado, con res- » pecto á él, era falso.Ha estado en Gaza » y en Jaffa, ha protegido á los habitantes de » Gaza; pero los de Jaffa, seducidos, no ha- » biendo querido rendirse, los entregó todos, » en su cólera, al saqueo y á la muerte; ha des- » truido todas las murallas y degollado á to- » dos cuantos estaban en su recinto. Habia en » Jaffa cinco mil hombres de las tropas de » Djezzar, todos han muerto!.... »

Los Franceses, volviendo á disfrutar en el Cairo todos los goces de la vida, olvidaron las jornadas del desierto, y los peligros del sitio de San Juan de Acra. No tardaron en ir á buscar nuevos trabajos. El que nunca descansaba supo que Mourad Bey, que habia bajado del alto Egypto con un ejército numeroso, habia logrado evitar á los generales Desaix, Belliard, Donzelot y Davoust; de repente se puso en marcha para ir á atacarle hácia las Pirámides,

que vieron la primera derrota de los Mamelucos; pero el Bey, constante en su prudencia acostumbrada, se retiró al desierto. Bonaparte se disponia á volver al Cairo, cuando recibió la noticia de la llegada, delante de Aboukir, de una escuadra de cien navíos turcos que amenazaba á Alejandria. La guerra de Siria se estaba persiguiendo en Egypto. Aboukir tiene un nombre fatal; Bonaparte quiso que el ejército vengase allí mismo á la escuadra. Marchó sobre Gizeh sin entrar en el Cairo, y dió durante la noche á sus intrépidos generales la órden de los movimientos los mas rápidos, para ir al encuentro de las tropas mandadas por el bajá de Romelia, Seidman-Mustafá, sostenido por las fuerzas de Mourad y de Ibrahim. Antes de salir de Gizeh, Bonaparte escribió al divan del Cairo: « Ochenta navíos se han atrevido á » atacar á Alejandria; pero rechazados por la » artillería de aquella plaza, han ido á fondear » en Aboukir, donde intentan desembarcar. » Los dejo hacer, porque mi plan es atacarlos, » matar á todos los que no querran entregarse, » perdonar la vida á los demas para conducir » los en triunfo al Cairo, lo que será un ex- » pectáculo hermoso para la ciudad. » El ge-

neral en gefe llegó á Alejandria, y marchó sobre Aboukir, cuyo fuerte habia caido en sus manos por la debilidad y la excesiva prudencia de Marmont. Este general no socorrió á la corta guarnicion, que, acometida por mar y reducida á treinta y cinco hombres, tuvo que capitular despues de haber resistido valerosamente durante sesenta horas. Bonaparte reconvinó á Marmont con expresiones de un justo descontento, y se dispuso á dar la batalla. Eligió el sitio con aquella táctica superior que le habia proporcionado la conquista de la Italia. Mustafá tenia que triunfar, sopena de no poder escapar al vencedor, ni él, ni uno solo de sus soldados. Los Franceses no podian atacar á Aboukir sino por el lado de tierra, pues no tenian navíos que oponer á la escuadra turco-inglesa, que estaba fondeada á media legua de la orilla.

El ejército otomano, fuerte de diez y ocho mil hombres y defendido por una numerosa artillería, se cubrió con una línea doble de trincheras; la una arrimada al fuerte de Aboukir, se apoyaba sobre un cerro fortificado en la orilla del mar, una aldea al centro y lanchas cañoneras á la izquierda.

La otra línea, menos distante del cuerpo de la plaza, corria tambien de una á otra orilla; pero, menos estrecha y fortificada con reductos guarnecidos de artillería, era mucho mas fuerte que la primera.

Nuestro ejército no atacó con aquella furia francesa, tan temida en Italia, pero apenas alcanzó las obras, cuando una columna del general Destaing se abalanzó al cerro, á la derecha de la primera línea, mientras Murat avanzaba con rapidéz para cortar la retaguardia al enemigo. Este movimiento, que fue el preludio de la victoria, produjo el efecto deseado y costó la vida á dos mil Turcos, muertos ó ahogados, sin que perdiésemos ni un solo hombre. En seguida, Destaing se dirigió á la aldea atacada por el frente por Lannes; en vano el generalísimo Mustafá destacó un refuerzo numeroso; Murat le arrolló, se apoderó de la aldea y la primera línea cayó en nuestro poder: Bonaparte preparaba la misma suerte á la segunda, procurando atraer la atención de los Turcos hácia sus alas para atropellar despues su centro con su propia reserva, pero no aguardaron este nuevo asalto y avanzaron sobre nosotros con intrepidez. Al principio,

la derecha de los Turcos fue rechazada, pero Murat, metido entre el fuego de las lanchas cañoneras y del reducto, intentó varias veces y sin suceso pasar la barrera terrible que se le oponia. A la izquierda los Turcos desesperados con la resistencia de nuestros batallones inmóviles, cargaban con ímpetu sobre nuestra infantería que les obligó, no sin grandes esfuerzos, á retirarse y llegó poco á poco al reducto, mas allí se vió en la precisión de volver atras delante de los fuegos del enemigo.

Hasta entonces, el valor, la firmeza, la serenidad de nuestras tropas no habian logrado el precio que merecian. De repente, los Turcos, fieles á su costumbre bárbara, bajan imprudentemente para cortar la cabeza á los muertos y á los heridos franceses; Murat, aprovechando su yerro, se puso entre ellos y el reducto y logró envolverlos; acometidos al mismo tiempo por la columna del general Fugieres, los enemigos se aturdieron, viendo á Murat á sus espaldas, é intentaron restablecer sus comunicaciones con la escuadra que los protegia. Bonaparte, cuyo ingenio estaba vigilando sobre el campo de batalla, cogió el instante crítico para

la victoria señalado ya en su pensamiento. Inmediatamente puso en movimiento á su reserva cuya impaciencia y ardor le habia sido difícil contener. Reductos, trincheras, todo fue cogido en un instante. Los Turcos á quienes el Alcoran prohibe capitular con los cristianos fueron hechos pedazos, muchos se tiraron al agua para salvarse en sus navíos, pero las balas de nuestros soldados los alcanzaron hasta en este último asilo.

Murat, tan temible al perseguir á un enemigo destrozado, se abalanza con su caballería entre la aldea y el fuerte de Aboukir. Mustafá se atrevió á resistir á Murat y cayó en sus manos, herido, y fue enviado como prisionero á Bonaparte.

Trece mil Otomanos perecieron en la accion; el resto, encerrado con el hijo del bajá en el fuerte de Aboukir, tuvo que rendirse despues de una resistencia heróica. Una victoria tan completa costó poca sangre francesa, sus resultados fueron inmensos. Salvó al ejército que sin esta victoria se hallaba perdido sin recurso. En efecto, los Turcos, los Arabes de Mourad, los Mamelucos y los Egipcios insurgentes, reunidos á las fuerzas que el gran Visir juntaba en

la Siria, hubieran sobrado para destruirnos. Sin duda, Kleber habia medido la profundidad del peligro cuando, dando los brazos á Bonaparte despues de la victoria, le dijo: «Mi general, » sois grande como el mundo. »

Tal fue la venganza de la escuadra de Aboukir. La poblacion del Cairo, viendo entre los trofeos de Bonaparte, á Mustafá y á su hijo, ámbos cautivos, acogió con un entusiasmo supersticioso al profeta invicto, que se habia arriesgado á anunciar de antemano su triunfo.

Cuando Bonaparte estuvo en Paris, de vuelta de su inspeccion del ejército de Inglaterra, se le habia solicitado, en varias reuniones secretas, de ponerse á la cabeza de una conspiracion contra el Directorio. Entraban en ella todos los que, ó habian conservado su fortuna en medio de las desgracias de la revolucion, ó que se hallaban colocados en alto rango por sus importantes y gloriosos servicios. La cuestion estaba para resolverse, cuando aconteció en Viena el lance de Bernadotte, por cuyo motivo se suspendió la salida de Bonaparte para Egipto. Bonaparte contestó á los que le instaban para que tomase la direccion de la cons-

piracion: « Los Franceses no estan aun bastante desgraciados; no hay sino descontentos; se me aconseja montar á caballo; si tal hiciera, nadie quisiera seguirme; es menester marcharme. » Se asegura que Bonaparte dió fin á la última conferencia sobre derribar al Directorio, con estas palabras: « *La pera no está madura aun.* » Quería decir, y con razon, que todavía no estaba bastante grande y necesario para salir bien en la empresa. He aquí, si se ha de dar fé á las voces que corrieron entonces, el motivo que le decidió á ir á aguardar la oportunidad en Egypto. Semejante prudencia merece ser notada en un ambicioso de veinte y ocho años. Pero despues de la sumision de Egypto, despues de hazañas inauditas que cubrian la desgracia de San Juan de Acra; despues de la batalla de Aboukir que le daba todo el lustre de una victoria reciente, discurrió que el Oriente le habia engrandecido y le daba un nuevo ascendiente sobre la Europa atónita. Por otra parte, los diarios que acababa de recibir le hicieron conocer que la Francia humillada habia sido desgraciada sobre el Rhin y sobre el teatro de su primera gloria; que la nacion estaba descon-

tenta, y que el nombre del vencedor de Arcola y pacificador de Campo-Formio estaba en la memoria y en las esperanzas de todos. Conoció en fin que la Francia necesitaba de él, y este alto pensamiento, que encerraba todo el secreto de una ambicion justificada á sus propios ojos por dos años de prodigios militares, le hizo tomar la determinacion de volver inmediatamente á su patria. Es regular que calculó igualmente que la expedicion de Egypto, ilustrada para siempre por la victoria, por conquistas útiles á la civilizacion, y destinada á ocupar enteramente un lugar en los anales de la ciencia y en la memoria de los hombres, estaba acabada para él en la jornada de Aboukir, y que no tenia ya que hacer sino en unos pormenores de administracion interior y de defensa del pais. Se consideraba como desterrado sin gloria y sin descanso, con la perspectiva mas ó menos próxima de una capitulacion que borraría en un solo dia sus triunfos de Europa y del Oriente. Se ha hablado en varios escritos de un parte de oficio del Directorio y de cartas confidenciales de Sieyes y de Fouché. Ninguno de estos documentos llegó á sus manos. Se ha dicho tambien que sus ins-